

había visto iguales el Asia, habitado palacios tan grandes cual ciudades, puestóse adornos que competían con las constelaciones del cielo, vese, por haber vivido mucho, á esclava reducida, tras el degüello de los suyos, que había visto resplandecer, á guisa de divinidades, sobre las aras; sus hijas, que había reservado para grandes himeneos, deshonoradas por la servidumbre, y á sí misma sierva de los griegos, los cuales encargáranla de guardar la puerta ó amasar el pan, vistiéndola con los harapos de la miseria y no dejándole ni siquiera la esperanza de saber dónde hallará una tierra compasiva para postrar y sacra sepultura de su cuerpo. Y aun es más triste que todo este lamento de la desolada Hécuba el plañer de Casandra cuando pide á los sacerdotes muertos que alumbren las lámparas del hogar, y enciendan las antorchas del himeneo, y enseñen coros epitalámicos á los jóvenes frigios, y urdan velos preciosos para envolver su cuerpo, y trencen guirnaldas de desposada para coronar sus sienes, porque piensa casarse allá en la tierra de los muertos con la sombra de los vencedores y vengar por un desposorio tan nefasto como el de la misma Helena los queridos manes de su familia y de su patria.

¿No estaban todavía satisfechos los griegos? Después de aquella matanza y de aquellas tristezas.

pedían aún humana sangre y tristezas mayores. En el momento de partirse, la sombra de Aquiles se les apareció y les dijo cómo él no estaba todavía vengado, exigiéndoles un sacrificio digno de su heroísmo y de su nombre. Cuando en las incidencias del sitio griegos y troyanos anduvieron en sendas y mutuas embajadas que se requerían respectivamente de paz, trataron, si á una concordia se llegaba, de casar Polyxene, bella hija de Príamo, con el héroe griego. La satisfacción, que no había gozado en vida, deseábala en su muerte. Polyxene, pues, debía ser inmolada en la tumba de Aquiles. Sobre una redonda colina los griegos alzaron el ara indispensable al sacrificio. El hijo de Aquiles tomó de la mano á la joven, y en vez de conducirla, como parecían demandar su juventud florida y su belleza varonil, al propio tálamo, llevóla sin escrúpulo al frío sepulcro. En efecto, un heraldo griego impuso al ejército silencio, y el joven vencedor de Troya, tomando áureo sacro vaso en el puño donde había centelleado la espada, ofreció libaciones de sangre virginal á la memoria de su padre para que les fuera propicia, prosperando la indispensable navegación y conduciéndolos sanos y salvos á Grecia. Hecho esto, Pirro sacó su espada bruñida, de puño áureo y de filo cortante, mandando á sus compañeros que asieran el cuerpo de la virgen y se la

presentaran sujeta y dispuesta para la inmolación. Pero ella se opuso á violencia ninguna, pues los infelices no temen la muerte, ofreciendo su cabeza de grado, que prefería precipitar su muerte á presentarse allá en la otra vida con signos y marcas de servidumbre. Los jóvenes se detuvieron pasmados, así ante su valor como ante su hermosura, y Polyxene, regocijada con aquel triunfo de la debilidad sobre la fuerza, presentó á la vista de sus sacrificadores la más torneada garganta y el más turgente pecho que hubieran contemplado sus ojos. Cualquier humano de veras se compadeciese á tanta gracia y conservara sér tan tierno y tan hermoso á la vida. Pero un vencedor carece de sentimiento y entrañas. El hijo de Aquiles clavó la espada en el corazón de aquella víctima, que supo caer circuída por el resplandor suavísimo de su virtud y de su belleza.

Y cuando tantas desgracias en las hijas de Troya se habían cebado, ¿qué fué de la culpada por excelencia, de la hermosísima Helena? Cuando todo estaba concluído y las llamas se iban en humo y las ruinas en polvo, profundo terror entraba en el ánimo de los vencidos, viendo sobre los escombros disipándose y sobre la familia troyana entera convertida en sombras la efigie de aquella que trajo con su fatal belleza y su voraz amor esta catástro-

fe. Virgilio ha descrito esta situación de un ánimo apenado por la vista de Troya en ruinas, coincidiendo con la presencia de Helena intacta y viva en el segundo libro de su poema, desde los versos 559 hasta los versos 631, comenzando por este admirable modo:

*At me tum primus sævus circumstetit horror.
Obstupui; subiit cari genitoris imago.*

Al resplandor siniestro del incendio aparece, aunque mal seguro, todavía de pie, circuído por las humaredas y las llamaradas, el templo de Vesta. En sus cercanías, por la universal desolación cubiertas, corre una mujer, á guisa de sombra, en requerimiento de algún asilo callado y secreto. Esta mujer era la esposa de Menelao, aquella furia de Argos y de Troya, que temiendo castigo de los griegos y venganza de los troyanos por los males inferidos á unos y otros, buscaba un sacro sitio donde acogerse al pie de los altares y bajo la égida de los dioses contra la maldición universal. Verla el postrero de los troyanos y sentirse asido por odio, empujándole á inmediata inmolación y venganza, obra fué de un minuto. Cuando el cielo se había convertido en paño fúnebre, las estrellas en funerarias antorchas, el suelo en humo y polvo, el agua de los mares en lágrimas y sangre, heridos hasta

los dioses, muertos los príncipes y los reyes, segados los milites por las parcas cual las espigas por las hoces, sepultados los niños como semillas que no brotan, acabados gloria y poder por todo un continente, la causa de tales desventuras quedará reina y vencedora, sin una herida en su cuerpo, sin una nube en su frente, y reveerá su palacio resplandeciente, su esposo enamorado, sus hijos amorosísimos, su padre bendiciéndola, sin que hayan tenido valor para clavarle una espada en el corazón de hiena feroz, ni las mujeres recién reducidas á servidumbre, ni los hombres recién caídos en el suelo, como si Helena fuese una diosa inaccesible á la maldición é inviolable á la espada. Quien tales cosas dijera y pensara sacó su estoque del cinto y lo alzó para clavarlo en aquel inhumano pecho, á fin de prestar con la sangre vertida por su mano un holocausto al espíritu de su pueblo recién entrado en la eternidad. Pero cuando ya tenía el arma en los aires y á los piés Helena, surge Venus brillando, más deslumbradora que nunca, entre las tinieblas, tan bella y majestuosa como al aparecer todos los días allá en el Olimpo á los inmortales dioses, y le retiene su brazo y le arguye con sus rosados labios por haber movido aquella cólera increíble y curarse más del sacrificio é inmolación de una débil mujer que del auxilio

y socorro á los atribuladísimos troyanos, los cuales aun podían en aquella hora salvarse y fundar con su protección otro imperio mayor bajo cielos más propicios y en otra tierra menos desgraciada y maldita. Y después de haber salvado así á Helena, por ella puesta un día en posesión de Paris, mostró cómo la ira de los dioses, más que la culpa de aquella mujer, habían destrozado á Troya. En efecto, las moles dispersas, las piedras arrancadas así á las bases como á las cúspides y coronas de la ciudad asiática, fragmentos tan terribles de un cuerpo tan colosal, débense á que Neptuno, con su tridente, bate los edificios todos como el huracán, las trombas, y las tormentas á miseras navecillas, mientras Juno, á la puerta Scea, desasido el cetro y asido el hierro, concita la furia de los vencedores. Palas preside con su égida, y sobre nube relampagueante asentada, el desplome de Ilion, y Júpiter, el padre de los dioses, presta su fuerza incontrastable á los esfuerzos reunidos contra el troyano imperio y esparce y difunde por doquier el fuego y el incendio de la guerra.

Los que así pugnaban para concluir con Helena comprendían bien poco el sentido intrínseco de su historia y el acierto con que proceden los dioses y los poetas autores de tal historia dejando á Helena salvada é indemne. ¡Ah! Los males causados por

su culpa no provienen de ella, de su voluntad, de su inteligencia, de su sentimiento, de las facultades que impulsan y determinan los actos conscientes y libres acompañados de una responsabilidad, provienen de su hermosura, dón ajeno y no propio, cuya fascinación sobre las cosas animadas é inanimadas, y especialmente sobre los hombres, no podía ella contrastar con ninguno de los medios puestos á su disposición por la naturaleza, y que forman la verdadera culpabilidad ante los dioses y ante las sociedades. No tenía Helena la culpa de su hermosura, y mucho menos de que su hermosura ejerciera sobre los humanos un poderoso influjo decretado por la naturaleza para la perpetuidad y conservación de sus creaciones. No había Helena escogido á Menelao por esposo, lo habían escogido las asambleas griegas. No fué la sin par Helena quien declaró por sí misma causa y motivo de guerra su codiciada posesión; fué toda la suma de los reyes helenos. La belleza de que nació vestida no pudo ella desvestírsela; recibióla de Júpiter mismo en el seno de Leda. Ella no podía revocar el poder que la belleza poseerá en la tierra siempre, mientras los hombres sean hombres. Quitadle á la noche de luna su melancolía, y al ruiseñor su himno, y á la miel sus dulzores, y á la rosa sus aromas, y al arroyo sus susu-

rros, y al cielo su luz; cuando hayáis quitado todo esto podréis quitarle á la mujer también su avasallador atractivo. No buscó á Paris Helena, lo buscó para Helena Venus. La diosa, viendo mancebo tan apuesto como el pastor de Ida y mujer tan acabada como la reina de Esparta, juntólos bajo el mismo techo y sobre el mismo tálamo en su culto á la belleza. Se buscan, y se diría que tienen sexo, desde las moléculas á las estrellas. Dos nubes se atraen como se puedan emparejar dos aves. Al beso de la luz responden los vapores de la tierra, porque cielo y tierra se aman. De consiguiente, las desgracias cíclicas, y legendarias, y mitológicas de la hermosa Helena son desgracias al poderío de la mujer anejas hasta la consumación de los siglos. En el amor se producirán y en el amor se consumirán todos los seres. Helena tendrá en cada corazón holocaustos tales como el holocausto de Troya. Miles de sentimientos profundos y ocultos resultarán al fin y al cabo tan cruentos y tan dolorosos como la toma de Ilion, siquier no tengan su inmensa resonancia. El que nunca se haya dejado llevar por aquellos impulsos propios al corazón humano, ignorará todo el prestigio indeliberado é inconsciente de la diosa Helena y toda su fuerza incontrastable y fatal sobre los mortales. ¡Ah! La tragedia humana está en eso, en esta grande alma

recluida dentro de un cuerpo tan pequeño, y en esta libertad tan entera y completa, libertad de conciencia, libertad de pensamiento, libérrimo albedrío, todo ello sometido á tantas fatalidades como nos impone con imposición soberana el universo material. Y si fueran sólo éstas las fatalidades bajo cuyo peso vivimos, aun podríamos consolarnos. Pero el sentimiento, la pasión, el error, la duda, siguen al espíritu como al cuerpo la sombra. Y he ahí por qué tiene tanta fuerza el destino en el mundo y en el arte, y he ahí por qué tiene tanta inocencia en su culpa la culpada Helena. Las expresivas artes antiguas nos han dejado imágenes mil de todas estas consideraciones en los varios monumentos con que han perpetuado el terror contenido en la última noche de Troya. Menelao, el ofendido esposo de la reina, tras diez años gastados en guerra y en inmolaciones de tantos héroes muertos, viendo en sueños las sombras de los idos para siempre, y retratadas en sus ojos las ruinas de Troya juntamente con los desastres de Grecia, corre á vengarse con venganza cruentísima de su cruel Helena. Erizada la cimera cual cresta de gallo furioso, desnuda la espada y vibrante como áspid envenenado de hambrienta culebra, abrazado el escudo para herir sin miedo, los ojos relampagueantes, fatigado el resuello, crispadísimos los nervios y

en tensión los músculos, llega delante de su Helena, y, al herirla, deslumbrado por su hermosura, cae á sus piés y la saluda como á su bendita esposa. Y sopla el Euro; y se tranquiliza Posideón para conducirla desde las riberas frigias á las riberas patrias; y el palacio de Tindaro, levantado en la colina de Palas, resplandece para recibirla con sus mayores preseas; y los reyes griegos ensayan discursos con que saludarla, y los poetas versos con que bendecirla; y el templo de Citerea se abre á las vírgenes que danzan para divertirla entre cadencias de cánticos y sonos de cítaras; y desde la bahía profundísima del Eurotas á las montañas de Lacedemonia, resplandece un regocijo sin fin; y los sacerdotes le presentan vasos áureos para las libaciones, calderos sacros para el agua lustral, haces de leña olorosa para los lares domésticos, cuchillos afilados para los sacrificios religiosos, porque joven, bella, fascinadora, divina, representa los goces y los estragos del amor universal.

Ahora se descubre por qué brilla Helena como un astro sin ocaso en la literatura clásica y entra como un factor sin igual en la literatura moderna. Si Júpiter la engendra, Teseo la idolatra, Paris la roba, Héctor la respeta, Proteo la retiene allá en las riberas de Egipto, Príamo le ofrece Troya en holocausto á su hermosura, Aquiles abandona los Campos Elíseos